

Si hay en la literatura del siglo xv un nombre y una composición que hayan resistido á todo cambio de gusto y vivan en la memoria de doctos é indoctos, son sin duda el nombre de Jorge Manrique y las *Coplas* que compuso á la muerte de su padre. Explicar y razonar esta universal celebridad ha de ser nuestro principal objeto en este capítulo, pero no podemos menos de apuntar antes los principales hechos de la brevísima vida de su autor, valiéndonos para ello de las noticias que recogió con su acostumbrada puntualidad y diligencia D. Luis de Salazar y Castro en su *Historia de la Casa de Lara* (lib. X, cap. XV).

Jorge Manrique, señor de Belmontejo, cuarto hijo del conde de Paredes D. Rodrigo y de su primera mujer Doña Mencía de Figueroa, nació probablemente en la villa de Paredes de Nava, cabeza del señorío de su padre, por los años de 1440. Abrió los ojos á la vida en medio de las discordias civiles, y ni un momento dejaron de acompañarle durante su breve peregrinación por este mundo. Partidario, como todos los de su casa, del Infante D. Alonso, á quien llamaban Rey, recibió de él, entre otras mercedes, las tercias de Villafruela y otros lugares de Campos, siete lanzas de la corona y con ellas 14.000 maravedises de acostamiento, y por último la encomienda de Montizón en la orden de Santiago. Como tal Comendador «*favoreció maravillosamente* (según dice el traductor castellano de la Crónica de Alonso de Palencia) la parte de D. Alvaro de Estúñiga su primo, en los bandos que traía sobre el Priorato de San Juan con D. Juan de Valenzuela, á quien derrotó y puso en huida nuestro D. Jorge cerca de Ajofrin, con muerte ó prisión de muchos de los suyos, recuperando para

el de Estúñiga el priorato de que había querido desposeerle D. Enrique IV.

En 1474 concurría en Uclés á la elección de Maestro de Santiago que algunos caballeros de aquella milicia hicieron en favor del Conde su padre; y obtenía á su vez uno de los *trecenazgos* de la orden. Con tal dignidad, y mostrándose siempre acérrimo partidario de la Reina Católica, defendió en 1475 contra el Marqués de Villena el campo de Calatrava, y en 1476 sostuvo con su padre el asedio de la fortaleza de Uclés contra las fuerzas reunidas del mismo D. Juan Pacheco y del Arzobispo de Toledo D. Alonso Carrillo, molestado á los contrarios con bravas escaramuzas que acabaron por hacerles levantar el campo, quedando el castillo á merced del Maestro.

Como capitán de una compañía de hombres de armas de Castilla, tuvo á su cargo en 1478, juntamente con Pedro Ruiz de Alarcón, señor de Valverde, la campaña contra el Marqués de Villena, que desde sus fortalezas de Chinchilla, Belmonte, Alarcón y Garcimuñoz, proseguía desafiando el poder real. Aquella mezquina lucha había de ser funesta para nuestro poeta. Los encuentros con la gente del Marqués eran casi diarios; y en uno de ellos, según la narración de Pulgar, «el Capitán D. Jorge Manrique se metió con tanta osadía entre los enemigos, que por no ser visto de los suyos para que fuera socorrido, le firieron de muchos golpes, y murió peleando cerca de las puertas del Castillo de Garcimuñoz, donde acaesció aquella pelea.» El P. Mariana confunde este encuentro con otro anterior, en que Jorge Manrique fué desbaratado por Pedro de Baeza en el Cañabate, tomándole la cabalgada que llevaba de la Motilla. Pero el testimonio de Pulgar, que es contemporáneo, debe prevalecer sobre cualquier otro en lo que toca al sitio de la batalla, y á la muerte de Jorge Manrique en la pelea misma, y no después de ella y á consecuencia de las heridas como dan á entender Garibay y Zurita.

Fué llevado el cuerpo de D. Jorge á la iglesia vieja del Convento de Uclés, donde todavía en tiempo de Garibay se veían su sepultura y las de un hermano y un hijo suyo, en fila, cubiertas de piedras negras. Dice Rades de Andrada que al revestirlo de paños mortuorios le hallaron en el seno unas coplas que comenzaba á hacer «contra el mundo». Estas coplas, no impresas, que yo sepa, hasta el *Cancionero general* de Sevilla de 1537, son dos nada más, y su pensamiento capital es el mismo que domina en su célebre elegía, cuya íntima, aunque resignada tristeza, parece un presagio de la negra fortuna que amenazaba la cabeza de su autor, y que iba á tronchar en tan breve tiempo tantas esperanzas:

¡Oh mundo! pues que nos matas,  
Fuera la vida que distes  
Toda vida;  
Mas según acá nos tratas,  
Lo mejor y menos triste  
Es la partida  
De tu vida tan cubierta  
De tristezas, y dolores  
Muy poblada;  
De los bienes tan desierta,  
De placeres y dulzores  
Despojada.  
Es tu comienzo lloroso;  
Tu salida siempre amarga  
Y nunca buena;  
Lo de en medio trabajoso,  
Y á quien das vida más larga  
Le das pena.  
Assí los bienes muriendo  
Y con sudor se procuran,  
Y los das;  
Los males vienen corriendo;  
Después de venidos, turan  
Mucho más (1).

(1) De estas coplas hizo una continuación bastante apreciable Rodrigo Osorio. Véanse algunas estrofas:

Son las glorias y deleytes  
Que en este siglo prestado  
Más aplazen,

El triste fin de Jorge Manrique tuvo eco, no solamente en la historia, si no también en la poesía, aun-

Unos fengidos afeytes  
Que con viento muy delgado  
Se deshazen.

.....  
La gruesa sensualidad  
De este cuerpo ponderoso

Que traemos  
Empide la claridad  
Del espíritu glorioso  
Que tenemos.

Y hasta ser divididos  
Cada qual d' estos extremos  
Sobre sí,

No pueden ser conocidos  
Los secretos que creemos  
Que nay en tí.

Las ánimas despojadas  
D' esta lodosa materia,  
Veen claras

Estas cosas ocultadas,  
Tu condición, tu miseria,  
Tus dos caras:

La una con que nos guías  
A los dulces apetitos  
Temporales;

Con la otra nos envías  
A tormentos infinitos  
Infernales.

Si nuestros padres primeros  
El mandamiento divino  
No passaran,

Todos fueran herederos  
De la gloria, y de continuo  
La gozaran.

Tormento, penas, angustias,  
Hambre, frío ni calor  
No sintieran:

Ni las plantas fueran mustias,  
Y en su perpetuo verdor  
Permanecieran.

.....  
E vivimos desterrados,  
Deseosos de volver  
Donde salimos,

Pobres y desheredados  
De la gloria y del plazer  
Que perdimos.

Por aquella sospiramos:  
Las lágrimas y gemidos  
Allí van;

Por aquella siempre estamos  
Descontentos y aborridos

que no en la popular como se ha dicho. Un pedestre versificador del siglo XVI, Alonso de Fuentes, en su *Libro de los cuarenta cantos* (1550), le dedicó un ro-

Con afán.  
E las tristezas que tienen  
Los hombres muchas vegadas,  
No sabidas,  
De allí proceden y vienen,  
Allí fueron engendradas  
Y nacidas;  
Ca siente nuestra memoria  
Un natural sentimiento  
Original  
Porque perdimos la gloria,  
Y heredamos detrimento  
Terrenal.  
Como el ánima divina  
Aquestas cosas contempla  
Y las mira,  
Luego se humilla é inclina,  
Se altera, turba y destiempla  
Y sospira.  
Conoce la perfección  
Cómo fué hecha é criada  
Y para qué,  
Y mira la perdición  
Que allá tiene aparejada  
Si tal no fué.  
Y como la carne sienta  
Que fué hecho corruptible  
Su metal,  
Siempre vive descontenta  
Conociendo ser pasible  
Y mortal.  
La mayor pena que Dios  
Quiso dar á los culpados  
Conocida,  
Es que fuessen estos dos  
Divididos y apartados  
De la vida.  
.....  
Porque ambos en un ser  
Fueron hechos ayuntados  
E unidos,  
Para siempre poseer  
Los gozos beatificados,  
Infinidos:  
Y aunque el ánima quieta  
Tenga holganza ganada  
Soberana,  
No terná gloria perfeta  
Hasta verse acompañada  
De su hermana.

mance que, como casi todos los suyos, no es más que pura prosa imperfectamente rimada. En él, además de la muerte de D. Jorge, se cuenta la venganza que de ella tomaron los capitanes del Rey haciendo ahorcar seis prisioneros, y la abnegación de un hermano que quiso morir por otro. Lo que propiamente se refiere al poeta no son más que los primeros versos del romance, estrictamente ajustados á la narración de Pulgar:

En armas está Villena  
Con todo su marquesado:  
Por fronteros tiene puestos  
Dos caballeros preciados:  
Uno don Jorge Manrique,  
Por sus obras muy nombrado;  
Pedro Ruiz de Alarcón  
El segundo era llamado,  
Con muy fuerte guarnición  
De gente de pie y caballo;  
Por lo cual todos los días  
Estos corrían el campo,  
Y los contrarios salían  
Que estaban bien aprestados,  
Y por esto había continos  
Rencuentros muy señalados.  
Acaso sucedió un día,  
En uno muy porfiado,  
Cerca de Garci-Muñoz,  
Castillo de los contrarios,  
Que pretendiese don Jorge  
Mostrarse muy esforzado,  
Y metióse entre la gente  
Reciamente peleando  
Hasta llegar á la puerta  
Del castillo que he nombrado;  
Y por falta de socorro  
Fué de la gente cerca lo,  
Y al fin con grandes heridas  
Fué de la vida privado,  
Y por ser tal caballero  
Fué por todos muy llorado...

Las poesías menores de Jorge Manrique son muy poco numerosas, y no han sido coleccionadas nunca (1).

(1) Es cierto que Amador de los Ríos afirma que lo fueron,

Apreciables todas por la elegancia y limpieza de la versificación, no tienen nada que substancialmente las

á fines del siglo pasado, «en un pequeño volumen que se ha hecho ya raro entre los bibliófilos»; pero creemos que aquí hay una leve inexactitud, y que Amador quiere referirse á la edición que en 1779 hizo D. Antonio de Sancha de las *Coplas*, acompañadas de cuatro distintas glosas. En el prólogo se da razón de las demás poesías de Jorge Manrique insertas en el *Cancionero general*, pero no se copian sino tres de las más breves.

Para facilitar la tarea de quien intente reunir las, apuntaré á continuación los títulos y el primer verso de las composiciones sueltas de J. Manrique que conozco.

1. En el *Cancionero general* de Hernando del Castillo (1511):  
*Con el gran mal que me sobra...*
2. »Otras suyas, estando ausente de su amiga, á un mensajero que allá enviaba:  
*Ve, discreto mensajero...*
3. »Esparsa suya:  
*Yo callé males sufriendo...*
4. »Otra suya:  
*Hallo que ningún poder,*
5. »Otra suya:  
*Callé por mucho temor.*
6. »Otra suya:  
*Pensando, señora, en vos.*
7. »Otras suyas, diciendo qué cosa es amor:  
*Es amor fuerza tan fuerte...*
8. »Otras suyas de la profesión que hizo en la Orden del Amor:  
*Porque el tiempo es ya pasado...*
9. »Otras suyas en que pone el nombre de una dama y comienza y acaba en las letras primeras de todas las coplas:  
*¡Guay d' aquel que nunca atiende...*

distinga de los infinitos versos eróticos que son el fondo principal de los Cancioneros, y que más que á

10. »Otra obra suya, dicha *Escala d' Amor*:  
*Estando triste seguro...*
11. »Otras suyas á su mote, que dize:  
*Ni miento ni m' arrepiento...*
12. »Memorial que hizo el mismo á su corazón, que parte al desconocimiento de su amiga donde él tiene todos sus sentidos:  
*Allá verán mis sentidos.*
13. »Otra obra suya, llamada *Castillo d' Amor*:  
*Háme tan bien defendido...*
14. »Otras suyas:  
*Es una llaga mortal.*
15. »Otras suyas, porque estando él durmiendo le besó su amiga:  
*Vos cometistes traición...*
16. »Otras suyas á una prima suya que le estorbaba unos amores:  
*Quanto el bien temprar concierta...*
17. »Otra obra suya, en que pone el nombre de su esposa y asimismo nombrados los linajes de los cuatro costados della, que son: Castañeda, Ayala, Silva, Meneses:  
*Según el mal me siguió...*
18. »Otras suyas:  
*Los fuegos qu' en mí encendieron...*
19. »Esparsa suya:  
*¡Qué amador tan desdichado...*
20. »Otras suyas á la Fortuna:  
*Fortuna, no m' amenazes...*
21. »Otras suyas:  
*Mi temor ha sido tal...*

la historia de la poesía interesan á la historia de las costumbres y del trato cortesano. Sin la curiosidad

22. »Otras suyas:  
*Mi vevir quiere que viva...*
23. »Otras suyas:  
*Acordaos por Dios, señora.*
24. »Otras suyas:  
*Ved qué congoxa la mía...*
25. »Canción:  
*Quien no estuviere en presencia...*
26. »Canción:  
*No sé por qué me fatigo...*
27. »Otra canción:  
*Justa fué mi perdición...*
28. »Otra de D. Jorge:  
*Quien tanto veros desea...*
29. »Otra de D. Jorge:  
*Es una muerte escondida...*
30. »Otra suya:  
*Quanto más pienso serviros...*
31. »Invenções y letras de justadores. D. Jorge M. sacó por cimera una anoria con sus arcaduces llenos, y dixo:  
*Estos y mis enojos...*
32. »Glosa á este mote «*Sin Dios y sin vos y mí*»:  
*Yo soy quien libre me vi...*
33. »Mote de D. J. Manrique «*Siempre amar y amor seguir*».  
Glosa suya:  
*Quiero, pues quiere razón...*
34. »Pregunta de D. J. Manrique:  
*Entre dos fuegos lanzado...*  
»(A esta pregunta respondió un galán).

que las presta el nombre de su autor, apenas habria quien reparase en ellas. Pero aunque no pasen de una

35. »Otra pregunta de D. Jorge:  
*Entre bien y mal doblado...*  
»(Respondió Guevara).
36. »Pregunta de D. J. Manrique:  
*Después qu' el sesso s' esfuerza...*
37. »Pregunta de D. Jorge á Guevara:  
*Porque me hiere un dolor...*  
»(Con la respuesta de Guevara, y á continuación una pregunta de éste á D. Jorge «porque sabia que estaba herido de un trueno».)
38. »Respuesta de D. Jorge á Guevara:  
*Los males que son menores...*
39. »Canción de D. Jorge:  
*Con dolorido cuidado...*  
»(Con una glosa de Pinar.)
40. »Canción de D. Jorge glosada por Mosén Gazull:  
*No sé por qué me fatigo...*
41. »Un convite que hizo D. Jorge Manrique á su madrastra:  
*Señora muy acabada...*  
»(Se reprodujo en el *Cancionero de Burlas*.)
42. »Coplas que hizo á una beuda (sic) que tenia empeñado un brial en la taberna:  
*Hánme dicho que se atreve...*  
»(Está también en el *Cancionero de Burlas*.)
44. En el *Cancionero* de Sevilla de 1535 se añadieron las *Coplas* á la muerte de su padre, y además las siguientes:
45. »Adición hecha por Rodrigo Osorio sobre dos coplas que hallaron al Sr. D. Jorge Manrique en el seno quando lo mataron:  
*¡Oh mundo!, pues que nos matas...*

discreta medianía, se dejan leer sin fastidio, y algo se deduce de ellas que para la biografía de su autor importa. Acreditan, por ejemplo, su ternura conyugal algunos de estos versos de amores que presentan en forma de acróstico en las primeras letras de cada copla el nombre y apellidos de su legítima mujer Doña Guiomar de Castañeda, Ayala, Silva y Meneses. Otras composiciones de sencillo artificio alegórico, como la *Profesión que hizo en la Orden de Amor*, la *Escala de Amor* y el *Castillo de Amor*, muestran en el galante trovador al caballero, al Trece de Santiago, al belicoso hijo del Maestre D. Rodrigo, continuamente ocupado en cercos de fortalezas y trances de armas, cuyas imágenes, presentes de continuo á su espíritu, tenían que reflejarse, sin afectación alguna, hasta en sus coplas de amores. Cuando leemos, por ejemplo, las gallardas estrofas del *Castillo de Amor*:

46. »Otras suyas (¿de Manrique ó de Osorio?) hechas en menosprecio del mundo y contra la desordenada codicia:

*Corazón triste, reposa...*

47. »Otras suyas (¿de Manrique ó de Osorio?) sobre la desorden del mundo:

*En este siglo mundano...*

En el *Cancionero* de Toledo de 1527 y en todos los posteriores:

48. »Canción de D. Jorge:

*Cada vez que mi memoria...*

49. »Otra suya:

*No tardes, muerte, que muero...*

50. »Otra suya:

*Por vuestro gran merecer.*

El registro de los *Cancioneros* manuscritos no arroja ninguna composición nueva que añadir á este catálogo.

La fortaleza nombrada  
Está en los altos alcores  
De una cuesta  
Sobre una peña tajada,  
Maciza toda d'amores,  
Muy bien puesta.

.....  
El muro tiene d'amor,  
Las almenas de lealtad;  
La barrera  
Cual nunca tuvo amador  
Ni menos la voluntad  
De tal manera.

.....  
En la torre de homenaje  
Está puesto toda ora  
Un estandarte  
Que muestra por vasallaje  
El nombre de una señora  
A cada parte...

no nos parece estar en presencia de un Castillo alegórico, sino ver flotar la bandera del Comendador de Montizón sobre las torres de su encomienda.

En algunas de estas piezas fugitivas se nota también una sencillez de expresión muy agradable, que contrasta con la general sutileza y alambicamiento de la escuela á que el autor pertenecía. Así, por ejemplo, el final de los versos que compuso á su amiga porque le besó estando dormido, como la Reina de Francia á Alain Chartier:

¡Quien durmiendo tanto gana  
Nunca debe despertar!

Algunas de estas *esparsas, canciones y motes* se popularizaron mucho y fueron glosados por otros trovadores, tales como Pinar y Mosén Gazull. Todavía en nuestros tiempos el Duque de Rivas abrió su bello y simpático drama de la *Morisca de Alajúz* con una rondilla de Jorge Manrique ligeramente alterada:

No tenga fe ni esperanza  
Quien no estuviere en presencia,  
Pues son olvido y mudanza  
Las condiciones de ausencia.

No sin sorpresa se ven figurar en el corto bagaje literario de un poeta tan pulcro y delicado como Jorge Manrique, algunos versos de burlas, que son á la verdad los más inofensivos del *Cancionero* en que se hallan, pero que no se recomiendan mucho ni por el grajejo ni por la cortesía. Disuena, por ejemplo, ver al autor de las graves y filosóficas meditaciones sobre la muerte, disponiendo el convite burlesco para su madrastra (1) ó invectivando á una vieja borracha que tenía empeñado su brial en la taberna.

Es forzoso decirlo: las llamadas por justa excelencia *Coplas de Jorge Manrique* aparecen como un fenómeno aislado entre las obras poéticas que llevan su nombre, á no ser que se quiera acrecentar su número con otras dos composiciones («*contra la desordenada codicia*», y «*sobre la desorden del mundo*»), que en edición muy tardía del *Cancionero general* se estamparon, y que á juzgar por las rúbricas del mismo *Cancionero* que las trae inmediatamente después de la adición que Rodrigo Osorio hizo á las dos coplas «que hallaron á D. Jorge Manrique en el seno cuando le mataron», parece que más bien han de atribuirse á este otro poeta leonés, imitador nada infeliz del nuestro así en los pensamientos como en el estilo, pero siempre con la flojedad que á la imitación demasiado servil acompaña; v. gr.:

Qu'estos bienes de fortuna,  
Este negro tuyo y mío,  
Tras quien va nuestro albedrío,  
Son assí como rocío  
O como agua de laguna  
En el tiempo del estío...

Dando, pues, de mano, ya á estas repeticiones, de dudosa autenticidad, ya á otros versos de poca monta

(1) No sabemos cuál de ellas, porque el Conde de Paredes fué casado tres veces: la segunda con Doña Beatriz de Mendoza, hija del señor de Cañete; la tercera con Doña Elvira de Castañeda, hija del señor de Fuensaldaña.

que nada interesarían sin el nombre de su autor, fijemos exclusivamente la atención en aquella poesía que inmortalizó el nombre de Jorge Manrique juntamente con el de su padre, y que ha sido siempre, aun á los ojos de los críticos más severos con las producciones de la Edad Media «el trozo de poesía más regular y más puramente escrito de aquel tiempo» (1).

Generalmente se designa esta composición con el nombre de *elegía* (2) y ante todo habría que entenderse sobre este nombre. Y la cuestión no es tan fútil como á primera vista pudiera parecer á los que tienen injustificada aversión á las antiguas clasificaciones retóricas, puesto que de la solución que se la dé resultarán en gran parte determinados el carácter propio y sustantivo y la mayor excelencia y belleza de estas *coplas*, que arrancando del dolor individual se levantan á la consideración del dolor humano en toda su amplitud y trascendencia. Por lo cual juzgamos que Quintana, tan cuerdo y atinado por lo común en sus juicios literarios, no acertó del todo en la censura de esta pieza, que parece haber mirado con cierto desvío. Y por lo mismo que la autoridad crítica de este gran

(1) Palabras de Quintana (pág. XX de su introducción á las *Poesías selectas castellanas*, edición de 1829, tomo I).

(2) Ya se la daba este título en el siglo XVI. Así, Alonso de Calleja, en el prólogo que puso á la *Glosa* de Fray Rodrigo de Valdepeñas: «Diré, por ser breve, que más se sentirán las utilidades de esta *Elegía* en el pecho de quien la lea, que se puedan »con artificio declarar».

Y el mismo Cartujo glosador, en el epigrama latino que pone al frente de su trabajo, usa el nombre de *elegía*, que luego interpreta por *endecha*:

Quid valeant mundi fastus: quid sceptras, securas,  
Forma, voluptates, stemmata, divitiar,  
Vita, salus, vires, sit quanta potentia regni,  
Parca severa, tui, blanda *Elegia* canit.

.....  
En esta breve *endecha* está engastado  
De vida un vivo espejo y de la muerte.

poeta, que era á la vez consumado humanista, debe ser respetada por todo el mundo, y lo es de un modo especial por nosotros, que al emprender una tarea semejante á la suya hemos tenido más frecuente ocasión de reconocer los aciertos de su buen gusto, conviene insistir sobre este parecer suyo, que es uno de los pocos que la posteridad no ha confirmado.

«Al ver el título de esta obra (dice Quintana), se esperan los sentimientos y la intención de una elegía, tal como el fallecimiento de un padre debía inspirar á su hijo. Pero las coplas de J. Manrique son una declamación, ó más bien un sermón funeral sobre la nada de las cosas del mundo, sobre el desprecio de la vida y sobre el poderío de la muerte».

*Coplas de Jorge Manrique por la muerte de su padre* se titulan, en efecto, desde las más antiguas ediciones; y no puede negarse que cumplen con su título, puesto que de las cuarenta y tres coplas, que son el total de la composición, diez y siete se contraen al elogio fúnebre del Maestro; como puede verse, no en la mutilada edición de Quintana (1), ni en las muchas que servilmente le han copiado, pero sí en todas las antiguas y en la muy estimable de 1779. Quintana, no sé si por esforzar su razonamiento, ó por una deficiencia de gusto, impropia de tal varón, suprimió todas esas estrofas, que son precisamente las que contienen los sentimientos de dolor filial que el crítico echa de menos, y que Jorge Manrique expresa allí, no con sensibilidad afeminada, impropia de su raza y de su tiempo, sino con entusiasmo viril y austero, que Quintana debía haber comprendido mejor que nadie, reconociendo en él algunos rasgos de su propia musa.

(1) Apenas hay centón de poesías para la enseñanza, ni tratado de Retórica y Poética, en que no salgan á relucir las famosas *Coplas*, pero mutiladas siempre. ¡Qué grande es el poder de la inercia entre nosotros!

No dexó grandes tesoros,  
Ni alcanzó grandes riquezas,  
Ni baxillas;  
Mas hizo guerra á los moros  
Ganando sus fortalezas  
Y sus villas.

.....  
Y sus villas y sus tierras  
Ocupadas de tiranos  
Las halló;  
Y por cercos y por guerras  
Y por obras de sus manos  
Las cobró.

Después que puso la vida  
Tantas veces por su ley  
Al tablero;  
Después de tan bien servida  
La corona de su Rey

Verdadero;  
Después de tanta hazaña  
De que no puede bastar  
Cuenta cierta,  
En la su villa de Ocaña  
Vino la muerte á llamar  
A su puerta.

.....  
El vivir que es perdurable  
No se gana con estados  
Muñanales;  
Ni con vida delectable  
Donde moran los pecados  
Infernales.  
Mas los buenos religiosos  
Gánanlo con oraciones  
Y con lloros:  
Les caballeros famosos  
Con trabajos y aficciones  
Contra Moros...

Se dirá que esto es un himno, un canto de triunfo y no una elegía; y puede que tengan razón los que lo digan. La nota elegiaca pura rarisima vez suena en la poesía castellana, y aun puede decirse que en toda la literatura española, salvo la de Portugal. No entraré á discutir si esto es superioridad ó inferioridad de la raza: lo cierto es que somos poco sentimentales, y aun si se quiere duros y secos. Ni aquel género de